

CAPITULO 1

El hombre que no dormía

El reloj del pasillo marcaba las tres y diecisiete cuando Samuel Rivas abrió los ojos. El sonido seco del segundero cortaba el silencio del apartamento como una gota que nunca termina de caer.

El techo, agrietado y gris, lo observaba desde arriba, con la textura áspera de un animal viejo, herido por la humedad y el tiempo.

En la esquina, una mancha de moho se extendía lentamente, como si también ella llevara insomne toda la noche.

Afuera, la lluvia tamborileaba contra los cristales con una cadencia hipnótica, incesante, casi humana.

El viento hacía vibrar los marcos de las ventanas, produciendo un murmullo parecido al de una respiración contenida.

Cada ruido, cada sombra, parecía formar parte de una sinfonía cansada: el reloj, la lluvia, el leve zumbido del frigorífico que nunca callaba.

Samuel encendió un cigarrillo.

La primera calada le raspó la garganta con la dulzura amarga de la costumbre.

El humo se elevó despacio, ondulando en la penumbra del salón, dibujando espirales que se disolvían entre los libros sin abrir, los papeles amarillentos, las botellas vacías de whisky alineadas en el suelo como un cementerio de vidrio.

El aire olía a tabaco frío y a derrota.

El insomnio le había robado todo: el sueño, la cordura, el matrimonio y la carrera.

De los días en que fue detective solo quedaban los recuerdos sueltos, y un cuerpo que aún se movía por costumbre, pero sin destino.

Había aprendido a vivir en esa frontera en la que el cuerpo sigue, aunque la mente hace tiempo se había detenido.

Sobre la mesa baja del salón descansaban sus últimas dos fidelidades: una botella de Lagavulin, medio vacía, y una pequeña cápsula azul.

Se observaban mutuamente, iluminadas por la luz amarillenta de una lámpara moribunda, como si mantuvieran un diálogo silencioso.

Samuel las contempló un largo rato, inmóvil, con los codos apoyados en las rodillas y el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos.

—Solo una —murmuró, más para sí que para nadie—. Solo para dormir.

Esa pastilla se la había entregado Ernesto Villar, un antiguo compañero de la universidad.

Un farmacólogo militar retirado que había jugado con sustancias que nunca debieron salir de un laboratorio.

Decía que era un “modulador de sueño”, una mezcla experimental de sedantes y reestructuradores neuronales capaces de inducir descanso sin pesadillas.

Rivas nunca preguntó demasiado.

No quería saber cómo funcionaba ni qué efectos tenía.

Solo deseaba que el pasado dejara de visitarlo cada noche.

Dejó caer la cápsula en el vaso de whisky. El líquido adquirió un tono lechoso, como si el sueño se disolviera dentro de él.

La sostuvo frente a la luz por un momento, observando cómo las pequeñas burbujas subían lentamente, atrapadas entre el ámbar y la sombra.

Bebió de un trago.

El sabor fue agrio, químico, pero no le importó.

Durante unos segundos no pasó nada; luego, la habitación comenzó a transformarse. Las líneas se suavizaron, los bordes se deshicieron en un leve temblor, como si alguien estuviera borrando la realidad con la punta de un pincel húmedo.

El ruido de la lluvia se volvió distante.

El reloj del pasillo siguió marcando la hora con su obstinación metálica, pero él ya no lo escuchó.

Su respiración se hizo lenta, casi imperceptible.

Las luces se disolvieron en una neblina plateada, y el cuerpo de Samuel, por fin, cedió al abismo que tanto había temido y anhelado.

Esa noche, cuando el mundo se apagó, algo dentro de él pareció encenderse.

CAPITULO 2

Llamada al amanecer

El teléfono comenzó a sonar a las seis y media.

Al principio, Samuel no comprendió qué era ese ruido distante, irregular, como un eco que atravesaba el agua, un golpeteo insistente que parecía vibrar dentro de su cráneo antes que fuera audible. El sonido se filtraba a través de la bruma del sueño, insistente, metálico, como si el propio aparato estuviera tratando de arrancarlo del abismo de inconsciencia en el que se había hundido. Tardó varios segundos en reconocerlo. Era el teléfono. Ese viejo aparato negro del pasillo que había jurado desconectar hacía semanas.

Abrió los ojos con esfuerzo. La cabeza le dolía como si alguien hubiera martillado su cráneo desde dentro con un ritmo seco, metódico. El aire del dormitorio olía a tabaco rancio, a sudor y a humedad atrapada entre las cortinas cerradas, mezclado con un residuo de alcohol seco que todavía flotaba sobre la mesilla. La luz del amanecer se filtraba en tonos sucios, grisáceos, tiñendo los muebles y las paredes con una pátina enfermiza, como si la ciudad misma hubiera filtrado la miseria en su habitación mientras él dormía.

El teléfono seguía sonando, y cada timbrado parecía más urgente, más real, más cercano a un grito contenido. Samuel se incorporó lentamente, el cuerpo pesado, los músculos rígidos, los párpados pegados por el cansancio y el sudor de la noche. El vaso vacío en la mesilla aún conservaba un hilo de whisky seco en el fondo. El reloj marcaba

las seis y treinta y cuatro. Había dormido, sí, pero aquel sueño tenía la consistencia de un pozo: profundo y viscoso, sin memoria, un

espacio donde todo se mezclaba y se olvidaba en el instante en que se quería recordar.

Al tercer timbrazo contestó.

—Rivas.

Su voz sonó áspera, quebrada por la

sequedad del sueño y del alcohol. Al otro lado, una respiración profunda, pausada, y luego una voz grave, familiar, que se abría paso entre la niebla de su cerebro.

—Samuel, soy Ortega.

—Comisario... —dijo, frotándose los ojos, como si ese gesto pudiera despejar la opacidad que había en su cabeza—. ¿Qué hora es?

—Demasiado temprano para las buenas noticias —contestó el otro, su tono cansado, casi resignado—. Tenemos otro cuerpo.

El silencio que siguió fue pesado, como si el mundo hubiera decidido detenerse unos segundos para observarlo. Afuera, el ruido de la lluvia parecía aumentar, golpeando los cristales y los tejados con fuerza, como si la ciudad entera escuchara la conversación y acompañara el dolor que se filtraba a través del auricular.

—¿Otro? —preguntó Rivas al fin.

—Sí. Cuarto en dos semanas. Mis hombres no logran establecer el patrón. Quiero que vengas a echar un vistazo.

Rivas cerró los ojos. La voz de Ortega era la cuerda que lo arrastraba otra vez al fango del que había intentado salir, la misma cuerda que lo había jalado tantas veces en noches de miedo y descubrimiento.

—Ya no soy policía, Ortega.

El comisario no respondió enseguida. Solo se oyó el crepitar de un cigarrillo, el arrastrar de aire pesado a través de la boca del aparato. El silencio duró suficiente para que Samuel encendiera otro cigarrillo y diera una calada lenta, profunda. El humo le quemó la garganta, le dejó un sabor amargo y metálico en la boca, pero también lo devolvió a la lucidez, al mundo real, aunque el mundo real se sintiera igualmente extraño, hostil y viscoso.

—Dame la dirección —dijo al final, la voz baja pero firme.

El crimen había ocurrido en el Distrito Industrial, una zona donde el aire olía a óxido, aceite quemado y derrota acumulada durante décadas. Los viejos almacenes se alineaban como esqueletos húmedos junto al puerto, y el asfalto estaba cubierto por un velo de agua y aceite que lo hacía resbalar a

cada paso. El viento traía un olor a sal mezclado con polvo metálico, y en cada esquina, el murmullo de la ciudad parecía cargar consigo historias de hombres que habían caído, desaparecido o desaparecían lentamente entre la rutina y la corrupción.

El cuerpo yacía en el suelo de una nave abandonada, iluminado por la luz azul de los focos policiales que cortaban la oscuridad con un tono mortecino. Era un hombre de unos treinta años, con el rostro pálido, casi ceniciento, y el pecho abierto con una precisión quirúrgica que helaba la sangre de cualquiera que se acercara. No había señales de lucha ni de huida. Todo era ordenado, metódico, casi ritual, como si el crimen mismo hubiera sido coreografiado para la eternidad.

Rivas se agachó junto al cadáver. El charco de sangre reflejaba la luz azul de los coches patrulla y el resplandor de los chalecos fluorescentes. Cada línea del corte era limpia, exacta, sin titubeo ni imperfección.

—Cortes limpios —dijo con voz baja, profesional, casi automática—. Sin titubeo. El asesino sabía exactamente lo que hacía.

Ortega asintió lentamente, cruzando los brazos bajo su abrigo empapado. El cigarro colgaba de su labio, temblando con la brisa que se filtraba por las grietas de la nave.

—Como los otros tres —murmuró—. ¿Te resulta familiar?

Rivas levantó la mirada, y el humo del cigarrillo le nubló los ojos un instante. Familiar. Demasiado familiar. El patrón era idéntico. Exactamente el mismo que lo había perseguido quince años atrás, en el caso que lo había destrozado, que había arrancado pedazos de su cordura y los había dejado flotando en la noche.

—El Escultor —murmuró para sí mismo. Pero aquel hombre estaba muerto. Rivas lo había visto caer desde un puente en una noche tan lluviosa como esa, caer al río que lo había tragado sin dejar rastro. Había querido creerlo, había jurado a su propia mente que estaba muerto y que todo había terminado.

Ortega lo observaba en silencio. Sabía que Rivas estaba recordando, y que esa mirada fija en el vacío no era distracción, sino miedo concentrado. Sabía que la memoria de Samuel podía ser tan traicionera como un asesino escondido en la niebla.

—¿Qué opinas? —insistió finalmente el comisario.

Samuel se incorporó despacio, encendiendo otro cigarrillo con el anterior. La lluvia repiqueteaba en el techo de la nave, marcando un ritmo constante, lento, como un corazón cansado que se niega a detenerse.

—Opino —dijo finalmente, la voz grave y fría, cargada de años de pesadumbre— que tu asesino o tiene una memoria extraordinaria... o está jugando conmigo.

Mientras se alejaban del lugar, el reflejo de las luces policiales se fragmentaba sobre el agua acumulada en el asfalto. Puerto Gris parecía una ciudad hecha de espejos rotos, de imágenes descompuestas y reflejos que nunca coincidían. Y él, una sombra caminando entre ellos, buscaba su propio rostro entre fragmentos de luz, entre ecos de pasos y gritos que nunca se habían pronunciado, preguntándose cuánto tiempo más podría distinguir entre la realidad, los recuerdos y las sombras de la mente que lo acechaban desde dentro.